

## Capítulo 1

### El Papel de la Fe o la Creencia

¿La fe contra la razón?

En la historia intelectual del mundo Occidental, la palabra “fe” se asocia más frecuentemente con el hecho de sostener creencias religiosas, especialmente creencias cristianas. En el uso común del término hablamos de fe Católica, fe Protestante, fe Reformada, fe Mormona y otra cantidad incontable de “fes.” Cuando se usa de tal manera, la palabra se utiliza para implicar que existe una distinción no sólo entre las varias “fe,” sino también entre aquellas personas que profesan una fe particular y aquellos que no profesan una fe particular. A partir del tal uso surge una pregunta interesante y provechosa: ¿Qué se incluye en el término *fe*?

Al responder esta pregunta hagamos temporalmente a un lado las distinciones entre las varias denominaciones y enfoquémonos en lo que se llama la fe cristiana. Se dice que tienen fe aquellas personas que creen en Dios y en las proposiciones basadas en la Biblia. La fe, con esta connotación, explica la habilidad del cristiano de creer en algo que no puede ser observado por los sentidos humanos. La fe, cuando se comprende de esta manera, es la posesión únicamente del cristiano y se considera antitética a la fe “razonada” del no-cristiano. Una implicación adicional de tal uso es que la fe es una posesión relativamente estrecha antes que global. Se piensa que, solamente aquel segmento de la creencia personal que es bíblico en origen o cultural por naturaleza es el que ha de incluirse en el significado de la palabra fe. Por ejemplo, las creencias afirmativas de una persona con respecto a Dios, Cristo y el pecado serían incluidas de manera legítima (en el sentido contemporáneo) en el concepto de fe, pero las creencias de uno con respecto a la teoría molecular o las ecuaciones algebraicas no serían incluidas en el significado del término. ¿Pero es así como debe definirse como debe definirse la “fe”? ¿Debe la fe únicamente denotar un área limitada del conocimiento del hombre? Si es así, ¿cuáles son las líneas de demarcación? ¿Debe el término denotar únicamente aquello que señala a un partido o sector o debe denotar el conocimiento y pensamiento totales del hombre?

A aquellos que desean limitar la fe se les presenta un desafío interesante: ¿Dónde se detiene la fe y comienza el “conocimiento neutral”? ¿Incluye la fe todo lo que podría contenerse en un servicio típico de adoración dominical? ¿Incluye el hablar, el escuchar y el canto? ¿Incluye la lectura de las páginas de la Escritura, la lectura de los números de los capítulos y versículos? Si la respuesta fuese negativa, ¿entonces qué incluye? Si la respuesta es afirmativa, ¿qué distingue al canto, la lectura, el hablar y el escuchar del servicio de adoración de esas mismas acciones humanas cuando se ejercen fuera de la iglesia o en la escuela?

Nicholas Wolterstorff le da a la palabra *fe* un significado muy global. En un discurso reciente, publicado desde entonces por la Unión Nacional de Escuelas Cristianas, Wolterstorff usó el término de la siguiente manera:

La vida cristiana es... la vida de fe; con lo cual quiero decir, no que es una vida que *incluye* la fe, sino que *como un todo* es la vida de la fe. Un currículo para la

educación cristiana tendrá como propósito equipar al estudiante para vivir la vida de la fe.

Vista en la perspectiva bíblica, la situación de todo hombre es una confrontación entre Dios y el hombre. Dios le habla al hombre a través de Sus obras y acciones. Él envía Su Palabra y el hombre responde por medio de sus obras y acciones. Dios le pide al hombre que haya compañerismo entre ellos – un compañerismo basado en un reconocimiento honesto y humilde de las posiciones relativas de ambos. El hombre responde “sí” o “no” a este llamado, afirmativa o negativamente. La Biblia le llama “fe” o “creencia” a la respuesta afirmativa del hombre al llamado de compañerismo por parte de Dios. A su respuesta negativa la llamada “incredulidad.” Ve el asunto de la creencia o la incredulidad como el tema básico en la vida humana (*El Currículo: ¿PorCuál Estándar?*, p. 9).

Debido a las varias interpretaciones de la palabra, la historia intelectual y filosófica a menudo ha sido desfigurada por la controversia “razón versus fe.” Aquellos que viven por la fe supuestamente tienen una guerra ideológica con aquellos que viven por la razón, con la implicación de que la fe es la posesión de un lado y la razón es la posesión del otro. Muchas personas que han reflexionado en esta falsa antítesis de fe-razón piensan que la razón es la posesión superior y un indicativo de poder intelectual, mientras que la fe es relegada a un estatus humano más bajo y se le considera una forma de impotencia mental e intemperancia emocional. Debido a esta ingenua e ingrata distinción muchos jóvenes cristianos se avergüenzan de su fe. Y, dado que un elevado porcentaje de maestros son personas jóvenes entre los veinte y los treinta años, es importante que este libro comience con una discusión acerca de la fe. Si se piensa que la enseñanza y la educación son esfuerzos intelectuales y se piensa que la racionalidad es una marca de estatura intelectual, entonces es bastante normal que el maestro cristiano novicio deje de enfatizar su fe, incluso si no llega hasta el punto de proclamar la deificación de la razón. Sin embargo, cuando el cristiano asume esta posición apologética, está mostrando una carencia culpable de integridad o madurez intelectual y espiritual.

Un examen más minucioso de esta controversia fe-versus-razón indicará que la controversia ha sido etiquetada de manera errónea. Cuando se le etiqueta y se le comprende de manera correcta, el joven cristiano debiera convencerse de que la posesión de la fe no es una señal de inferioridad intelectual, sino que en realidad es una característica importante no sólo de todos los hombres, sino de todos los hombres en todos los tiempos. Una vez que se acepta plenamente que “[todos] andamos por fe, no por vista” (II Cor. 5:7), no habrá justificación para descuidar la profesión de nuestra fe. Una vez que se entiende el papel de la fe en la vida humana, se puede interpretar correctamente la controversia fe-razón como fe en Dios versus fe en la habilidad racional del hombre. Cuando se entiende de esta manera, la razón ya no es preeminente y capaz de batallar con la fe en igualdad de condiciones. Más bien, la razón está supeditada a la fe y es sólo un nombre dado al método por el cual una persona trata de hacer extensiones lógicas o consistentes de aquellas ideas o aseveraciones en las cuales cree, o a las que se aferra por fe.

Con el objetivo de defender la aseveración anterior, debemos exponer y reconocer las limitaciones de la lógica, que es la ciencia de los principios racionales. La lógica trata no solamente con la validez de las conclusiones en los argumentos, sino que también tiene que ver

con la verdad o falsedad tanto de las premisas como de las conclusiones. Muchos asumen falsamente que por seguir las normas correctas de la razón o la lógica uno puede determinar la *veracidad* o la *falsedad* de una conclusión lo mismo que la *validez* de esa conclusión. En la lógica simbólica u oracional la veracidad o falsedad de todas las declaraciones argumentativas deben estar en concordancia o planteadas como hipótesis para así poder determinar la validez. En la lógica aristotélica o proposicional la verdad o falsedad de las premisas no se declara sino que se permite que la persona decida por sí misma. En cualquier caso, las declaraciones involucradas en cualquier forma de razonamiento deductivo son consideradas de dos maneras: (1) la verdad o falsedad de esas declaraciones, y (2) la validez o invalidez de las conclusiones a las cuales se llega por consideración o extensión de esas declaraciones. De estas dos consideraciones, la primera es de una importancia infinitamente mayor. Si una conclusión es válida, pero falsa, los protagonistas se han enfrascado únicamente en un debate académico e inútil, pues solamente un tonto actuaría sobre la base de lo que sabe que es falso. Si se ha de derivar alguna acción beneficiosa a partir de un argumento o discusión, es obvio que la conclusión debe ser no solamente válida, sino que también debe ser aceptada como verdadera.

Cuando se usa el método de la tabla de verdad para determinar la validez un argumento se considera válido si no se puede mostrar que es inválido. Con el objetivo de establecer invalidez, a las declaraciones se les debe asignar valores de verdad de tal manera que las premisas sean verdaderas y la conclusión falsa. El siguiente ejemplo nos ilustrará esto:

1. Todos los hombres son buenos por naturaleza.
2. Mis estudiantes son hombres.
3. Por lo tanto, mis estudiantes son buenos por naturaleza.

Para ser juzgadas como inválidas la primera y la segunda declaración tendrían que ser consideradas como verdaderas aunque la tercera fuese considerada como falsa. A menos que uno fuese terriblemente inconsistente en su forma de pensar, tal asignación no se llevaría a cabo. Si las premisas fuesen catalogadas como verdaderas, la conclusión ameritaría la misma designación. Si fuesen juzgadas como falsas, uno no podría evitar la obvia falsedad de la conclusión. De este modo, el argumento anterior sería considerado como válido, es decir, la conclusión se derivaría lógicamente de las premisas.

Si se usaran otros métodos o sistemas para determinar la validez, la determinación de validez no sería alterada. Sin embargo, la designación de validez es inconsecuente hasta que se determine la verdad o falsedad de la premisa principal. El asunto principal y más significativo es si la premisa “todos los hombres son buenos por naturaleza” es verdadera o falsa. Pero, no existe un recurso de la lógica o la razón para determinar si la premisa “todos los hombres son buenos por naturaleza” es verdadera o falsa. En el proceso de toma de decisiones, las categorías “verdad” y “falsedad” se asignarán sobre la base de la fe, es decir, si las personas *creen* o no que la premisa es verdadera o falsa. De modo que, la razón está confinada a asuntos de validez y no puede comenzar a decidir los asuntos esenciales y últimos de veracidad o falsedad.

Si se va a decidir el asunto crucial de veracidad o falsedad, entonces se debe utilizar algún otro método diferente a la razón para tal determinación. Al mismo tiempo, se debe reconocer que la mera creencia en una declaración o proposición no hace que esa declaración o aseveración sea

verdadera. La condición real de las cosas, es decir, la verdad del asunto, no se puede determinar por nuestra creencia. Entonces, ¿por cuál método se puede asegurar la veracidad o la falsedad de nuestras creencias? Si el método deductivo, el método de la razón, no puede ayudarnos, ¿lo hará el inductivo?

Antes que examinemos el método inductivo, que es el método de la ciencia, se debe añadir una nota de aliento para el cristiano joven. Razonar consistentemente desde una creencia a otra no es algo erróneo o que esté fuera del dominio del cristiano. Al contrario, Dios creó al hombre como criatura racional y también requiere que esta función sea usada para Su alabanza y Su servicio. La advertencia de la Escritura no es contra la razón *per se*, sino contra la fe en la habilidad racional del hombre.

### **Las Limitaciones de la Ciencia**

Puesto que ya no vivimos en la Era de la Razón, sino en la Era de la Ciencia, es probable que el papel de la ciencia en nuestro pensamiento sea de una importancia aún mayor que el de la razón. Aunque los tiempos contemporáneos han sido catalogados de varias maneras como la Era Espacial, la Era Tecnológica o la Era Científica, generalmente se concuerda en que la exploración del espacio, la innovación tecnológica, los grandes descubrimientos en el campo de la medicina y los productos computarizados son todos ejemplos del “progreso” científico. La teología, la filosofía y el arte se hallan bajo los embates de la ciencia, acorraladas hasta el punto en que estas ramas de pensamiento deben defender sus razones mismas para existir. Naturalmente, este embate de la ciencia es de interés para el cristiano, aunque no sea por otra razón de saber que prominentes biólogos, químicos, arqueólogos y antropólogos naturalistas están enfrentando sus “descubrimientos científicos” contra las creencias y tradiciones de los cristianos creyentes en la Biblia. Mientras que las primeras iglesias pelearon la guerra de la Razón versus la Ciencia, los cristianos de hoy están peleando la guerra de la Ciencia contra la Fe.

Harry Van Der Laan reconoce este conflicto como uno de los principales problemas del siglo veinte. Él dice con respecto a esto,

En nuestra sociedad humanista los hombres a menudo se vuelven a una de las causas de la urgencia de nuestro tiempo, a saber, las contribuciones del científico, y también espera respuestas del científico a estos problemas fundamentales. En otras palabras, lo que nosotros esperamos, y ciertamente muchos de aquellos en posiciones de responsabilidad, es que las ciencias, que han acelerado el paso de nuestra vida y nos han provisto de aparatos tecnológicos, sean al mismo tiempo una fuente de guía principal y que también nos capaciten para establecer nuestras prioridades. Algunas personas incluso piensan que, debido a que tenemos a la ciencia que puede proveernos de mucha información y comprensión en una condición particular de asuntos, en realidad ya no necesitamos principios porque una gran cantidad de información siempre hará obvio cuál curso debemos tomar. Eso, claro, es en sí mismo un principio, aunque uno con la vista muy corta. Pero no obstante, es un principio esperar que usted puede prescindir de los criterios como su orientación y dirección fundamental, simplemente porque las ciencias ahora le proveen una gran cantidad de información. Frecuentemente se esperan cosas de las

ciencias que, por su misma naturaleza, no pueden proveer (*La Ciencia y la Fe – Parálisis Dualista o Vigor Escritural*, p. 4).

Aunque hay muchos eruditos cristianos que están envueltos en esta batalla de creencias, muchos de nosotros estamos tomando bandos sin entender adecuadamente las relaciones entre la ciencia y la fe. Muchas personas dejan de examinar rigurosamente las insinuaciones e implicaciones que se presentan en forma de bromas. Mucha gente escoge a ciegas un bando en contra del otro, profiriendo improperios a medida que avanzan. Algunas de las principales acusaciones por parte de la facción de la “ciencia” son que la fe es ciega, dogmática, de mente cerrada y llena de prejuicios. Aquellos que viven solamente por “fe” siguen ciegamente la tradición religiosa y se aferran a ideas falsas de la realidad promulgadas por los primeros científicos. Claro que el científico moderno tiene los hechos y está en busca de la verdad objetiva. Además, el científico empírico contemporáneo es el destructor de los cuentos, mitos y dogmas de las comadronas.

Debida a estas y a otras acusaciones similares, muchas materias académicas que anteriormente no eran consideradas ciencias se muestran ansiosas por compartir la certidumbre e invulnerabilidad que la rúbrica de “ciencia” o “científico” ahora confiere. La historia es un ejemplo de este cambio de énfasis. En las consideraciones historiográficas, se considera que todos los predecesores teorizaron a partir de sesgos y prejuicios, haciéndolos por tanto inferiores a los recientemente anunciados “historiadores científicos” quienes finalmente están descubriendo un verdadero conocimiento del pasado. El mismo espíritu se puede observar en los niveles de primaria y secundaria en las escuelas, donde el término *historia* está en descrédito y está siendo reemplazado por el término “ciencia social.” Los estudios del lenguaje son otra área académica donde se ha sentido el impacto científico. El énfasis nuevo se puede ver en la decadencia de la gramática y el correspondiente surgimiento de la lingüística estructural, la gramática transformacional, fonética (que no ha de confundirse con el área de la fónica), y los alfabetos científicamente estructurados. En sus variadas formas estas disciplinas tienen la intención de servir como reemplazos de la gramática y la fónica tradicionales. La invasión de la tecnología en el campo del lenguaje puede ser incluso más obvia. Considere por ejemplo la introducción de laboratorios de lenguaje, aparatos de lectura rápida y máquinas para la revisión de textos. En todo esto está la implicación de que los enfoques tradicionales al estudio del lenguaje son anticientíficos, y por lo tanto, se basan en nociones míticas o pre científicas.

Henry Zylstra, ampliando una observación de Frederick A. Pottle, tiene esto que decir con respecto a la ciencia y la creencia: “Existe siempre un área de dogma, un área de cosas que damos por sentado. Para la mayor parte de la gente de nuestro tiempo esta área aceptada de manera acrítica es la científica. ‘Sin que se enseñe a hacer esto, - le asignamos toda la ‘verdad’ a la provincia de la ciencia. Sentimos que cualquier cosa que la ciencia no puede manipular tiene que ser irreal o falso’” (*Testament of Vision*, p. 127).

Otras dos áreas de la vida académica donde los desafíos de la ciencia se han sentido profundamente son la enseñanza y la psicología educativa. Aunque la palabra “enseñanza” raras veces es definida de manera adecuada por aquellos que son los más interesados en ella, se

considera generalmente correcto pensar en la enseñanza como una ciencia.<sup>1</sup> En consecuencia, para que se piense que uno es un buen maestro, es decir, un maestro profesional, uno debe actuar científicamente y estar concentrado en la investigación científica para mejorar sus métodos. También se piensa en la educación, como la ocupación de los maestros, como una ciencia. Se cree que, el progreso hacia la resolución de problemas educacionales se producirá únicamente a medida que la educación en general y la enseñanza en particular se tornan más científicas, en otras palabras, a medida que gradualmente llegan a tener un mayor control de las realidades objetivas de las situaciones de enseñanza-aprendizaje. La psicología, que ha sido anunciada fútilmente como tal, está tratando desesperadamente de merecer el mérito de la apelación “ciencia” de la misma manera positivista de laboratorio en que la física, la biología y la química se han asegurado el título.

También se podrían considerar aquí otras áreas académicas de interés, pero el punto es que las palabras “ciencia” y “científico” han llegado a ser palabras tremendamente significativas en nuestra cultura. El clima intelectual es tal que el mero uso de tales palabras carismáticas hace que uno, casi de manera mágica, se convierta en merecedor de grandes elogios por haber llegado a la posesión de la verdad objetiva, por un lado, o lo condena a uno como anti-cristiano y anti-fe, por el otro. Ser anticientífico es estar desinformado, en el mejor de los casos, y estúpido o inconsciente, en el peor de ellos. Acusar a una persona de no ser científica es amontonar ascuas de condenación sobre su cabeza.

No es de sorprenderse que muchos cristianos le teman a la ciencia. La ciencia ha sido desechada como la destructora de la fe, la fuerza que corrompe a la juventud y la enemiga del Dios todopoderoso. En algunas mentes existe el temor de que la ciencia va a revelar alguna información que probará que nuestra creencia en Dios es falsa, que desacreditará la creación como una milagrosa de Dios lo mismo que los milagros. Algunos cristianos tienen temor de que la ciencia vaya a corromper a nuestros niños en edad escolar y que los extravíe de su fe Reformada histórica. Sin embargo, sostenemos que la ciencia no puede destruir nuestra fe y que tampoco puede destruir a nuestra juventud. La ciencia no puede hacerle esto al niño o al adulto, simplemente porque la ciencia no es una persona y tampoco es personal. No obstante, las personas que se llaman a sí mismas *científicos* pueden destruir nuestra fe, y la gente que se llama a sí misma *científicos* puede alejar a nuestra juventud de Dios. Esas personas, consciente o inconscientemente al servicio de Satanás, pueden pervertir a los incautos cuando tratan de hacer que el cristiano crea lo que ellos creen. El apóstol Pablo ya se había encontrado con esta perversión “científica” en su época. En sus comentarios finales a Timoteo advirtió, “guarda lo que se te ha encomendado, evitando las profanas pláticas sobre cosas vanas, y los argumentos de la falsamente llamada ciencia” (1 Tim. 6:20).

Puede parecer algo irónico, pero algunos de los hombres más anticientíficos (aplicando la definición secular) son los mismos que han sido llamados grandes científicos. Charles Darwin es un ejemplo sobresaliente. Para cualquiera que haya leído *El Origen de las Especies*, debiese ser evidente que el libro está lleno de nociones injustificadas e hipótesis que no se pueden verificar. El problema con Darwin y la gente de su tipo es que han afirmado como hechos muchas aseveraciones que no han sido examinadas. Además, estas aseveraciones son agradables para el

---

<sup>1</sup> Para una discusión más completa de este concepto puede dirigirse al Capítulo 11.

hombre “inclinado a odiar a Dios,” de modo que llegan a convertirse en creencias establecidas y tradicionales. Lo que pasa, como consecuencia, es que un conjunto de creencias es reemplazado por otro conjunto de creencias a menudo más distorsionado. No es un intercambio de creencias por hechos, como argumentarían los proponentes de las teorías más nuevas, sino un intercambio de creencias por creencias.

Sin embargo, para presentar tal acusación, es imperativo que formulemos y respondamos dos preguntas: (1) ¿Qué es la ciencia? y (2) ¿Cuáles son las limitaciones de la ciencia? Si se responde de manera satisfactoria a estas preguntas se disipará mucho del misticismo y del súper-status que actualmente rodean a la ciencia, y la ciencia puede recuperar su lugar apropiado en las vidas de los hombres.

La ciencia necesita ser considerada en dos, y únicamente en dos niveles. Primero que nada, la ciencia es un método de estudio. Cuando pensamos en la ciencia como un método de estudio estamos pensando en la manera por la cual trabajan los científicos legítimos. A esto se le llama el “método científico” o el “enfoque inductivo.” Cuando se usa este método el científico atraviesa los siguientes pasos generalmente declarados:

- (a) Formulación de una hipótesis o teoría que ha de comprobarse;
- (b) Selección de eventos o fenómenos que han de ser examinados;
- (c) Observación y categorización de lo que se ha seleccionado;
- (d) Generalización a partir de estas observaciones hacia todos los otros eventos o fenómenos similares;
- (e) Llegar a conclusiones y formular leyes o teorías sobre la base de estas observaciones.

Segundo, se debe pensar en la ciencia como una disposición sistemática de lo que se sabe y está disponible para el hombre a través de sus sentidos. Cuando consideramos la ciencia como una disposición o arreglo sistemático estamos pensando en la clasificación del conocimiento en patrones organizados. Los ejemplos de la ciencia como una clasificación y disposición de conocimiento se encuentran en la biología, la química, la física y la astronomía.

Cuando se considera a la ciencia ya sea como metodología o como disposición, y sostenemos que la ciencia no es más que eso, no hay razón para tener miedo de la ciencia *per se*. También, por esta definición dual, la teología es una ciencia. También lo son las matemáticas, la geografía, la historia, la filosofía, la psicología y la lingüística. Para aquellos que invierten sus energías en un estudio de la información sistematizada acerca de la dimensión política de la vida entonces es legítimo que se cataloguen a sí mismos como “científicos políticos.” Claro que se les debe otorgar el mismo privilegio a aquellos que desean ser llamados “científicos sociales,” “científicos matemáticos” o “científicos educativos.” Cuando tal terminología llegue a hacerse común se habrán ido el brillo y el lustre de la “ciencia,” pero tal cosa no presagia ninguna consecuencia trágica para el gremio intelectual.

Pensar en los ministros y en los profesores de seminarios como “científicos teológicos” puede parecer poco convencional, pero tal apelativo no carece de justificación. La teología es, y debiese ser, nada más que un arreglo sistemático de aquellas verdades proposicionales que Dios ha incorporado en Su Revelación Especial. Esto no es para despreciar o restarle énfasis a la teología

o cuestionar el significado de las verdades que se han observado, sino simplemente para ser honestos con respecto a lo que es la teología. Si la teología trata de convertirse en súper-revelación, es decir, en súper-Escritura, entonces es mala teología. También, si la teología ignora o distorsiona deliberadamente parte de lo que es observable en la Escritura, nuevamente es mala teología. Cuando la teología formula hipótesis que no son corroboradas por la Escritura, y luego trata de presentar estas hipótesis como dignas de ser creídas, es culpable de una prevaricación diabólica. Así es también con cualquier otro científico. Cada vez que un científico trata de hacer que sus lectores u oyentes creen como verdad una aseveración hipotética que no es verificable por la experiencia y que no está acorde con la Escritura, ese científico se convierte en un prevaricador y no es digno de ser creído.

Asumiendo, dando por sentado el argumento, que esta es una definición adecuada de lo que es y puede hacer la ciencia debemos ahora proceder a establecer las limitaciones de la ciencia, o lo que no puede hacer.

La primera limitación significativa de la ciencia es que no puede tratar con todo aquello que no puede ser observado por los sentidos humanos. La ciencia puede concentrarse en el cerebro del hombre, pero no con la mente. Aunque algunos de los primeros psicólogos conexionistas trataron de establecer una ecuación entre la mente y el cerebro, generalmente se reconoce que estos dos términos no son sinónimos. La ciencia no puede comenzar a ayudarnos en el entendimiento o comprensión de la mente simplemente porque ésta no puede ser observada por ninguno de los sentidos humanos. Otros fenómenos que pueden ser observados y tratados por el método científico, junto con otras contrapartes metafísicas (y muy reales) que no son observables, son los siguientes:

- (a) El cuerpo pero no el alma.
- (b) La actividad mental pero no la capacidad mental.
- (c) El corazón físico del hombre pero no el corazón escrituralmente descrito del hombre.
- (d) La creación de Dios pero no el acto creativo del Creador.
- (e) La actividad de un ser viviente pero no su vida.
- (f) La conducta emocional pero no la emoción.
- (g) Los resultados de la fe pero no la fe.
- (h) El espacio pero no el infinito.
- (i) El tiempo pero no la eternidad.
- (j) La naturaleza humana de Cristo pero no Su naturaleza divina.
- (k) La conmoción de alguien que ama pero no el amor.
- (l) El ojo pero no la naturaleza de la luz.

Aunque todas las cosas en el lado izquierdo de la columna anterior son intereses legítimos de la ciencia, debe ser obvio para el cristiano que esas realidades que van más allá de los sentidos en el lado derecho son de una importancia igual y vital. Si el educador espera edificar una filosofía bíblica de la educación, una que valga la pena, que describa la naturaleza del niño dada por Dios, debe ser obvio que la ciencia no será de mucha ayuda para contestar preguntas significativas sobre la relación entre lo visible y lo no visible, entre lo físico y lo espiritual. De modo que, el psicólogo educativo, que pretende describir al hombre con precisión y completamente confiando en el enfoque científico tradicional mientras ignora las respuestas de la Escritura, no tiene



posibilidad alguna de tener éxito. Sin embargo, la mayoría de educadores y teóricos educacionales sólo están buscando respuestas en la ciencia y en la ciencia secular a los males y dilemas de la educación.

Una segunda limitación significativa de la ciencia es que no puede hacer ningún juicio de valor, es decir, no puede atribuirle calidad a un evento o cosa observados. Un científico puede ser capaz de determinar qué es el cáncer, pero, *solamente como científico*, no es capaz de juzgar si el cáncer es bueno o malo. Solamente como *persona* puede él decidir si el cáncer es bueno o malo, porque ese es un juicio de valor, y ninguna disposición o método sistemático de estudio puede hacer un juicio de valor. Lo mismo es verdad es un psicólogo educacional. Como psicólogo educacional puede observar y describir la conducta juvenil, pero sólo como persona puede determinar si esa conducta es deseable y buena o indeseable y mala. Una vez más, parecería que la obra hecha como científico palidece hasta convertirse en insignificancia ante la obra hecha como persona. Sin embargo, la fe cristiana se interesa en los valores y en la calidad moral como parte esencial de la realidad. Además, no podemos esperar ayuda del conductista puro porque se necesita una norma o estándar para determinar valor y calidad. La ciencia carece de esto. La descripción de la conducta sin la determinación de la calidad de esa conducta es peor que inútil. Las creencias personales con respecto al bien y el mal son de mayor importancia que el estudio científico.

Una tercera limitación importante de la ciencia es que los seres humanos no pueden confiar en la autenticidad de las observaciones humanas. Por ejemplo, si coloco una pequeña varilla en un vaso de agua el ojo me dice que la pequeña varilla está doblada. Pero si recorro la varilla con mi dedo sobre ella mi sentido del tacto me dice que la varilla no tiene ninguna curvatura. ¿En cuál sentido confío?

Mi ojo también me dice que los rieles del tren convergen en la distancia. Si camino hasta ese punto la convergencia parece sucederse mucho más adelante en la vía. ¿Me atrevo a creer en mis observaciones o deben mis observaciones ser atemperadas siempre por otras consideraciones teóricas? Mis ojos me dicen que la luna emite luz y cambia de forma. Pero los científicos se mantienen diciéndome que ni emite luz ni cambia de forma. Ellos han hecho observaciones con sus ojos, ¡pero también yo! ¿Son sus observaciones más confiables que las mías? El punto aquí no es enredarnos en discusiones lunáticas, sino simplemente enfatizar el papel de la creencia. El científico está solicitando fe en sus observaciones. Cuando él hace sus afirmaciones con respecto al sol o la luna, o el origen del hombre, está pidiendo creencia de mi parte. Mientras me pide que tenga fe en sus observaciones sensoriales, también está implicando que yo no debiera tener fe en mis propias observaciones sensoriales.

Una cuarta limitación de la ciencia está contenida en el primer paso del método científico. Ninguna observación o estudios científicos se pueden llevar a cabo sin que el científico primero establezca una hipótesis o teoría. Esta hipótesis o teoría es una declaración de lo que el científico, tentativa y débilmente cree que es verdad. Los pasos restantes en el método científico son meramente procedimientos para reunir y disponer impresiones sensoriales para así recoger evidencia a favor de una creencia. Si las observaciones sensoriales corroboran la hipótesis entonces esa creencia se ve fortalecida. Si las observaciones no le dan respaldo, entonces se deben hacer observaciones adicionales, o se debe plantear una nueva hipótesis. Puesto que no se

puede confiar en los sentidos humanos para tener una precisión completa, y dado que las personas tienen una tendencia egocéntrica a buscar únicamente evidencia que respalde sus creencias, la “prueba” científica de un científico es tentativa antes que última y final. La objetividad del científico desaparece y nuevamente se ve reducido al nivel de un creyente finito e imperfecto. Siendo la “prueba” científica nada más que evidencia presentada a favor de la creencia, el cristiano se halla a sí mismo en la misma llanura finita cuando reúne “pruebas,” es decir, declaraciones escriturales a favor de sus creencias. Él selecciona y estudia, no químicos y células y organismos, sino palabras y versículos y capítulos. El amor, el pecado y la santidad, comunicados por los símbolos de las palabras y manifestados en ejemplos humanos, son tan reales para él como lo son las proteínas, los neutrones y los fluidos con los cuales trabaja el químico. De modo que la diferencia aparece, no en la falsa aseveración de que el científico tiene pruebas mientras que el cristiano tiene creencias, sino en la calidad y el significado de la evidencia presentada. La evidencia bíblica es tan superior para las observaciones e interpretaciones sensoriales no bíblicas del científico no cristiano, no sólo porque la Biblia es divinamente inspirada, sino también porque ha permanecido inmutable a lo largo de los siglos mientras que las formulaciones científicas han pasado por revisiones constantes.

Una quinta limitación importante de la ciencia es que no puede operar sin que el científico sostenga al menos tres presuposiciones necesarias. Estas tres nociones son las siguientes:

- (a) Hay realidad fuera de uno mismo.
- (b) Esta realidad puede ser medida de una manera objetiva.
- (c) Esta realidad, en su totalidad, es ordenada y consistente.

“En el principio creó Dios los cielos y la tierra.” De modo que, la primera noción es verdadera para la Escritura y no necesita ser debatida aún más. Pero, la segunda de estas nociones es de una validez extremadamente dudosa. Por ejemplo, en la historia de la psicología educativa varios teóricos condicionantes, conexionistas y conductistas han observado a los animales con el objetivo de formular teorías correctas con respecto al aprendizaje, pero estos hombres se hallan en notorio desacuerdo sobre lo que observaron y sobre cuál interpretación se le debía dar a sus observaciones.

La tercera de estas nociones – que la realidad es ordenada y consistente – es absolutamente esencial si uno ha de poner su fe en la ciencia. Por ejemplo, debido a las afirmaciones de los científicos naturales hemos llegado a creer que no hay dos copos de nieve que sean iguales. Los científicos han observado las formas y patrones de los copos de nieve, y han notado que entre todos los copos de nieve observados no había dos iguales. Siendo gentiles con los científicos involucrados, podríamos suponer que observaron y registraron los patrones de diez mil copos de nieve. De acuerdo a los científicos, estas diez mil observaciones debiesen ser prueba suficiente. Sin embargo, y con escepticismo, uno podría preguntar, ¿por cuál norma se garantiza que los primeros diez mil copos de nieve no son una repetición de un patrón anterior? La misma situación fastidiosa prevalece con las afirmaciones de que el agua siempre está conformada de dos partes de hidrógeno y una parte de oxígeno. Los científicos han tratado de demostrar por medio de un sencillo experimento que esta es una afirmación verdadera y digna de ser creída. No es importante si estoy dispuesto a creer este sencillo experimento y a generalizar con él con toda el agua disponible. Sin embargo, lo que es importante es si mi creencia de esta afirmación con

respecto al agua es contingente con la noción anterior con respecto al orden y consistencia de la naturaleza. Sin esta noción, el científico no podría hacer nada. Aún cuando esta misma noción ha sido usada por los cristianos como argumento apologético para demostrar la existencia de Dios, el científico no cristiano está usándolo constantemente como base para destruir la creencia en Dios y Su revelación.

Así que, la ciencia no puede probar objetivamente nada o establecer las causas de los eventos. La ciencia solamente puede mostrar correlaciones y probabilidades. Solamente puede reunir evidencia a favor de lo que llamamos *creencia*. La persona que pone su fe en la ciencia y en el progreso científico está mostrando "... fe en la bondad intrínseca de la naturaleza humana y en la omnipotencia de la ciencia. Es una fe desafiante y blasfema, no distinta a aquella abrazada por los hombres que se pusieron de acuerdo para edificar 'una ciudad y una torre, cuya altura pudiera alcanzar el cielo,' y que creían que 'no sería posible hacerlos desistir de aquello que se habían propuesto hacer'" (Hoffer, *El Verdadero Creyente*, p. 18).

A pesar de todo lo que se ha dicho en las páginas anteriores, el esfuerzo cristiano sigue siendo, no obstante, una actividad legítima del cristiano. Sólo porque buena parte de la ciencia actualmente esté siendo usada como una herramienta por parte de Satanás y sus seguidores, quienes se ponen los disfraces de la objetividad y la neutralidad – con el propósito de destruir la creencia en Dios y Su Palabra – no es razón para que los cristianos se rehúsen a emplear el método. También esta herramienta debe ser puesta bajo la sujeción del Rey de reyes.

Hasta este punto, el papel de la creencia o la fe solamente se ha descrito parcialmente. Debemos examinar varias interpretaciones declaradamente cristianas para alcanzar un entendimiento más pleno y preciso de la creencia o la fe. Henry Zylstra, en su obra póstuma, *El Testamento de Visión*, lo declaró de la siguiente manera: "La creencia es una base de todo el aprendizaje, la fe es inevitable en el hombre, los hombres son fundamentalmente dogmáticos" (p. 98); "Creemos para así poder saber, pues la creencia es la condición del conocimiento" (p. 101). No es difícil aceptar la verdad de esta definición, pero es otro asunto aceptarla como una explicación adecuada de la relación que hay entre creer y saber. Pues, aceptar el comentario de Lystra como final es admitir una diferencia básica entre saber y creer. Así pues, saber es simplemente una extensión del creer, pero una extensión diferente del creer. Aceptar tal diferencia supuesta es simplemente un primer paso hacia otra pregunta: ¿Dónde se termina el creer y dónde comienza el saber? En mi creencia o conocimiento de que toda el agua está conformada de H<sub>2</sub>O, o que todos los copos de nieve son diferentes, ¿qué parte es creencia y qué parte es conocimiento? ¿Puedo creer estas afirmaciones solamente, o puedo saber estas afirmaciones? Si la creencia y el conocimiento son distintos, estoy obligado a buscar las distinciones.

En la historia de la Cristiandad Reformada se ha afirmado enfáticamente que la Santa Biblia es nuestra "única norma [o guía] para la fe y la práctica" (*Confesión Belga*, Art. VII). "Puesto que está prohibido añadir o quitarle algo a la Palabra de Dios, por ello se hace evidente que la doctrina en ella contenida es totalmente perfecta y completa en todos los sentidos" (*ibid.*). Al aceptar esta declaración doctrinal como verdadera y aplicable al problema del creer-saber, Cornelius Van Til afirma, "La trinidad ontológica será nuestro concepto interpretativo por todas partes. Dios es nuestro universal concreto; en Él el pensamiento y el ser son colindantes, en Él se

resuelve el problema del conocimiento” (*Gracia Común*, p. 64). Van Til también afirma, “El creyente Reformado sabe que él mismo ha sido sacado de un mundo de malas interpretaciones y colocado en el mundo de la verdad por la iniciativa de Dios” (*ibid.*, p. 7). Con estas admoniciones teológicas para guiarle, se hace evidente que el cristiano debe acudir a la Biblia en busca de respuestas a sus preguntas acerca de la relación que existe entre saber y creer.

En II Corintios 4:13-14 leemos, “Pero teniendo el mismo espíritu de fe, conforme a lo que está escrito: Creí, por lo cual hablé, nosotros también creemos, por lo cual también hablamos, sabiendo que el que resucitó al Señor Jesús, a nosotros también nos resucitará con Jesús...” La implicación aquí es que creer y saber no son dos actividades espirituales distintas, sino que las palabras se pueden usar de forma intercambiable. En el quinto capítulo Pablo dice por el Espíritu Santo: “Porque por fe andamos, no por vista” (II Cor. 5:7); y en Hebreos 4:2 encontramos esto: “Porque también a nosotros se nos ha anunciado la buena nueva como a ellos; pero no les aprovechó el oír la palabra, por no ir acompañada de fe en los que la oyeron.” También considere Hebreos 11:1, 3: “Es, pues, la fe la certeza de lo que se espera, la convicción de lo que no se ve... Por la fe entendemos haber sido constituido el universo por la palabra de Dios, de modo que lo que se ve fue hecho de lo que no se veía.” Y en Santiago 1:5-6 el Apóstol escribe de la siguiente manera: “Y si alguno de vosotros tiene falta de sabiduría, pídala a Dios, el cual da a todos abundantemente y sin reproche, y le será dada. Pero pida con fe, no dudando nada; porque el que duda es semejante a la onda del mar, que es arrastrada por el viento y echada de una parte a otra.”

En la discusión de Louis Berkhof de las palabras escriturales acerca de la fe, señala que se usan tres palabras en el Antiguo Testamento. “La palabra más común para ‘creer’ (*he’emin*) enfatiza el elemento intelectual y significa la aceptación de algo como verdadero basado en el testimonio de otro. Las otras dos palabras (*batach* y *chasah*) enfatizan más bien el elemento de confianza segura en algo o de confianza en alguien más. El Nuevo Testamento tiene una palabra muy importante para fe (*pistis*) la cual denota (1) confianza general en una persona, (2) la aceptación dispuesta y pronta de su testimonio sobre la base de esta confianza, y (3) la confianza depositada en él en cuanto al futuro” (*Manual de Doctrina Cristiana*, p. 248).

Las implicaciones de los comentarios de Berkhof sobre las palabras relacionadas con la fe son al menos dos. Primero, se implica que las frases “creer” y “tener fe” se pueden usar de forma intercambiable ya que significan esencialmente lo mismo. Segundo, se implica que los conceptos de fe y creencia no necesitan ser restringidos a la fe en Dios o a la creencia en doctrinas religiosas, sino que también se pueden extender a las percepciones intelectuales y a nuestras relaciones personales.

Uno de los serios errores cometidos por los intelectuales contemporáneos, pero también, y con mucha sorpresa, por los cristianos Reformados, es el de limitar el papel de la fe a la adquisición de creencias teológicas. Todavía se discute la fe como el medio de la justificación, pero raras veces se discute la fe en relación con el conocimiento no teológico. No es de sorprenderse que el teórico educacional no cristiano deje completamente de lado la discusión de la fe de sus consideraciones con respecto a la naturaleza del aprendizaje, pero que un teórico educacional cristiano ignore el concepto de la fe en sus consideraciones de la teoría del aprendizaje es algo sorprendente y desconcertante. ¿Sobre qué base podemos asumir que el sentido lógico del

hombre es autónomo cuando aprende geografía, matemática o literatura, pero repentinamente se torna dependiente del generoso don de la fe por parte de Dios cuando estudia doctrina bíblica? Si Dios es soberano hasta el punto de saber el número de cabellos en la cabeza del hombre y el bienestar del gorrión, ¿sobre qué base podemos negarle soberanía en nuestro aprendizaje de  $2 + 2$ ? El mismo tipo de problema confronta la persona que insiste en que saber y creer son dos procesos distintos. Saber que  $x = y$  es creer que  $x = y$ ; y conocer a Dios es creer en Dios. El “contraste total entre los hechos y la creencia es completamente falsa porque, para tratar con cualquier clase de hechos y la información asociada con ellos, uno siempre tiene ciertas creencias y compromisos básicos, ya sea que uno esté tratando en un ámbito u otro. No importa con qué esté tratando, el contraste entre fe-creencia es una completa ilusión” (Van Der Laan, *La Ciencia y la Fe – Parálisis Dualista o Vigor Escritural*, p. 8).

De modo que, cualquier entendimiento correcto del conocimiento habrá de estar plenamente integrado con un entendimiento de la fe. “Todos los hechos son revelaciones del Dios verdadero. Si los hechos no se pueden separar de la fe, tampoco la fe puede ser separada de los hechos. Por lo tanto, se debe sostener todo hecho creado para expresar, en algún grado, la actitud de Dios hacia el hombre... Toda manipulación de cualquier hecho creado es, en tanto que el hombre no sea un pecador, una actividad que afirma el pacto. Toda manipulación de cualquier hecho, en tanto que el hombre sea un pecador, es una actividad quebrantadora del pacto” (Van Til, *Gracia Común*, p. 70). La fe o la creencia o el conocimiento deben ser entendidos como un don de parte de Dios quien “da a todos abundantemente” (Santiago 1:5).<sup>2</sup> Sólo porque “El Señor es bueno para con todos” (Sal. 145:9) puede el hombre creer o saber la historia de los Estados Unidos y las obras de Shakespeare. Sólo si se mantiene totalmente en mente esta interrelación total entre el conocimiento y la fe seremos capaces de formular una teoría del aprendizaje que se aproxime a la verdad. Ignorar esta interrelación sería cometer el mismo error que cometieron teóricos prominentes del aprendizaje tales como B. F. Skinner, E. L. Thorndike, E. R. Guthrie, J. B. Watson y W. Koehler. Repetir su error básico sería divorciar la teoría del aprendizaje de la revelación de Dios formulando así teorías del aprendizaje tan insatisfactorias como las de ellos.

Asumiendo que hasta aquí hemos leído la Escritura de manera correcta, debemos avanzar hacia otras aseveraciones relacionadas. La primera de éstas tiene su prueba escritural en el pasaje ya citado de II Corintios 4: “Creí, por lo cual hablé, nosotros también creemos, por lo cual también hablamos.” La proposición es simplemente esta: el propósito o intención de toda nuestra charla, y por implicación también de nuestra enseñanza y escritura es establecer creencia. Comunicamos ideas e información expresamente con el propósito de ganar a otros para que crean lo que hemos tratado de comunicar. San Agustín expresa bellamente este mismo concepto en su libro *Respecto a la Naturaleza del Bien*, cuando dice, “¿Pues qué es creer sino consentir a la verdad de lo que se ha dicho?” (*Escritos Básicos de San Agustín*, p. 505).

De modo que, el auto-proclamado neutralista, que presenta su menú intelectual y filosófico al estilo *buffet*, en realidad está tratando de engañar. La neutralidad, según las palabras de Pablo a los corintios, se torna imposible, aún cuando la indecisión temporal, es decir, la aceptación parcial y el rechazo parcial de declaraciones en conflicto, sigue siendo una característica transicional del hombre mientras se mueve de fe en fe.

---

<sup>2</sup> Ver también el *Catecismo de Heidelberg*, Día del Señor VII, P. 21 y Día del Señor XXV, P. 65.

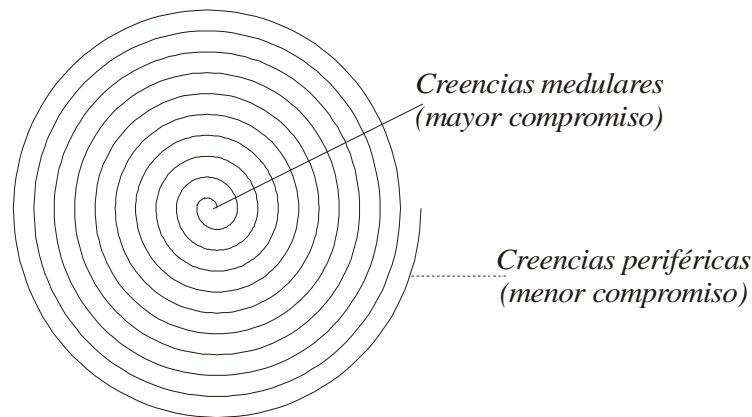
La segunda aseveración es que la fe o la creencia llega a ser la base para toda la acción. El hombre actúa sobre la base de sus creencias. Su conducta, su actitud y sus pensamientos están determinados por su fe o creencia. El apóstol Santiago lo expresa de esta manera: “Así también la fe, si no tiene obras, es muerta en sí misma” (Santiago 2:17). Más tarde reitera esta idea cuando pregunta, “¿Mas quieres saber, hombre vano, que la fe sin obras es muerta?” (vs. 20). En lo que concierne a la acción no importa si las creencias son verdaderas o falsas. Una persona actuará sobre la base de una creencia falsa justo como actuará vigorosamente sobre la base de una creencia verdadera. El niño que cree que hay un fantasma en su armario llorará tan alto ya sea que la creencia sea verdadera o falsa. Lo importante es la creencia del niño, no la condición real que prevalece. La acción humana se basa en la creencia, no en el estado real de las cosas. Aunque obviamente la acción deseada y correcta no puede llevarse a cabo a menos que se sostengan creencias deseadas y correctas. Si la creencia se corresponde con el verdadero estado de las cosas en el orden de la creación de Dios, entonces la acción correcta y deseable procederá a partir de esas creencias.

Berkhof describe este aspecto volitivo de la fe de la siguiente manera, “La fe no es simplemente un asunto del intelecto, ni del intelecto y las emociones combinadas; también es un asunto de la voluntad la cual determina la dirección de la vida, un acto del alma por el cual se extiende a su objeto y lo abraza... Naturalmente conlleva con ello un cierto sentimiento de seguridad y confianza, gratitud y gozo. La fe, que es en sí certeza, tiende a despertar un sentido de seguridad y un sentimiento de confianza y convicción en el alma” (*Manual de Doctrina Cristiana*, p. 252).

Es bastante obvio que el niño que llora debido a su creencia en un armario habitado por fantasmas no posee un sentido de seguridad, confianza, gratitud o gozo. Si el padre simplemente le dice que sus creencias son falsas es seguro que el llanto va a continuar y probablemente persista hasta que la falsa creencia sea erradicada. En tanto que haya alguna duda, es decir, hasta el momento en que el niño crea firmemente que lo opuesto a su creencia original es lo verdadero, experimentará muy poca seguridad y gozo. Con el objetivo de producir esta inversión radical en la creencia el padre puede descubrir que es necesario “probar” la no existencia de los fantasmas aduciendo suficiente evidencia para establecer la creencia deseable y necesaria. (Por causa de cualquier empiricista que aún nos acompañe, el niño precoz puede replicar categóricamente que los fantasmas son, por definición, no físicos, y por lo tanto, no son observables. En tal caso el padre no ha probado nada. Lo que puede resultar es un llanto mutuo, y el desilusionado empiricista tendrá que volver a asumir su responsabilidad más infame, a saber, establecer creencia sobre la base de la autoridad.)

Aparte de este golpe parentético a los más grandes enemigos del concepto de la fe, esto conduce a una tercera afirmación: que las creencias son sostenidas con grados variados de fortaleza y convicción. No toda creencia resulta en acción. En la vida de la fe no toda la fe resulta en obras. Para que la acción proceda de las creencias, esas creencias deben ser sostenidas con fuerza psicológica. Las creencias que producen acción deben ser sostenidas intelectualmente, lo mismo que emocional, psicológica y volitivamente. Si la creencia se pudiera describir adecuadamente como conciencia cognitiva entonces es poco probable que esa creencia resulte en acción. Pero, si los adjetivos intelectual, emocional, psicológica y volitiva fuesen todos

necesarios para describir totalmente esa creencia, entonces se podría asumir que esa creencia resultará, con bastante certeza, en acciones correspondientes. Llamaremos creencias medulares a tales creencias profundamente asentadas. A la fe que no produce obras la llamaremos creencia periférica. Esta categoría de creencia no sólo es improductiva, sino también inestable y sujeta a cambio. Lo opuesto es verdad de las creencias medulares: a pesar de las vastas colecciones de “pruebas” apiladas por facciones antitéticas, la creencia permanece intacta y sigue resultando una acción adecuada. De modo que, para asegurar una acción deseada y continua, es esencial que las creencias correctas y deseadas se arraiguen profundamente, que la inculcación de las doctrinas penetre las fibras emocionales, fisiológicas y volitivas lo mismo que las intelectuales. En pocas palabras, esas creencias deben llegar a ser el compromiso de corazón de aquella persona.



*Fig. 1. La Fuerza Psicológica de las Creencias*

Es fácil reconocer que todas las personas tienen creencias medulares subyacentes a las cuales se aferran con fuerza y que llegan a ser la fuente de la actividad de sus vidas. El escéptico, a pesar de su aseveración de que nada es totalmente creíble y conocible, debe violar su propia conclusión dándole un pleno e incuestionable asentimiento a su proclamación original. Se sostiene fuertemente la aseveración misma de que nada se puede sostener con fuerza llegando así a convertirse en creencia medular.

La persona a la cual uno le extiende sus simpatías es la persona que no sabe lo que cree. Impulsado a creer que sus patrones previos de creencia ya no son apropiados, tal persona ha perdido la estabilidad que provee las creencias medulares sostenidas con confianza; ahora es una persona insegura e intelectualmente lleno de incertidumbre. Como explica Eric Hoffer, tal persona se halla en un punto propicio para cualquier agente proselitista que parezca ofrecer el sentido de seguridad y bienestar que esta persona ideológicamente desplazada necesita con tanta urgencia (*El Verdadero Creyente*, p. 25).

Para el cristiano, el conocimiento y la creencia no son solamente sinónimos, sino también certeza, aunque todavía no perfecta. Pues aunque el cristiano puede proclamar con audacia, “Yo sé en quién he creído” y que la Fe es “un conocimiento seguro infundido en el corazón” (*Catecismo de Heidelberg*, P. 21), ese mismo cristiano atempera su dogmatismo con las palabras de I Corintios 13:12: “Ahora vemos por espejo, oscuramente; mas entonces veremos cara a cara. Ahora conozco en parte; pero entonces conoceré como fui conocido.”